

TITO Y BENIAMINO

Cierta vez, allá por la década de 1930 y en Buenos Aires, una profesora de canto llevó a sus alumnos a escuchar a Tito Schipa en una emisora de radio. Después del recital, comentándolo, uno de ellos dijo: "Así canta cualquiera". Ciertamente, cuando un artista llega a tener la relajación, la blandura y la aparente facilidad de cantar como quien habla, pronunciando cualquier vocal en cualquier altura, con una afinación impecable y un ligado impoluto, da esa impresión de naturalidad exenta de artificio que merece la opinión de aquel alumno. Así es el arte auténtico y conseguido: una segunda naturaleza. Sí, cualquiera toca el violín como Oistrakh o el piano como Gilels. Cualquiera regatea como Maradona. Etcétera.

Venga a cuento la anterior divagación por los dos primeros volúmenes de la edición Schipa que propone Naxos (disco budo por Diverdi) con las señeras remasterizaciones de Ward Marston y su equipo (8.110332 y 8.110333). Hacer el inventario de cuarenta y siete cortes sería homicida, sobre todo teniendo en

cuenta la cantidad de canciones de olvidables señores, muchas de ellas en castellano, que Schipa dignifica con su elegancia presumible. Pero vayan algunas referencias que hacen a la historia del disco como el *Sueño* (Massenet: *Manon*), *Una furtiva lacrima* (Donizetti: *L'elisir d'amore*), *M'appari* (Flotow: *Martha*) y los dúos con Galli-Curci (*Lucia* de Donizetti y *La sonámbula* de Bellini) y con Bori (Puccini: *La Bobème*). Las fechas de las grabaciones van de 1922 a 1925, plenos comienzos de las tomas eléctricas. Entre ellas, una curiosidad inédita, siquiera en 78 rpm: *Comme un petit oiseau* de Suzanne Paladilhe.

Otro es el caso de Beniamino Gigli, en el sentido de que si Schipa supo sacar partido de unos medios modestos en timbre, extensión y volumen, la voz de Beniamino era privilegiada en todo sentido. El volumen 11 de su colección personal (8.110272) recoge grabaciones de la madurez: Berlín, Milán y Roma, 1941/1943. Voz lírica de naturaleza, es capaz de bordar al Federico de Cilea y, gracias a la anchura de su centro y el inci-



sivo color de sus agudos (él decía que los había encontrado en su vejez) sirve unos magníficos Andrea Chénier y Don Alvaro. Entre las curiosidades, aparte cancioncillas rescatadas de la naftalina con gallardía y encanto, están los dúos de *Carmen* con su hija Rina haciendo de Micaela, y el prólogo de *I pagliacci* de Leoncavallo, parte de barítono que una ocurrencia de Caruso dejó en manos de ciertos tenores. No menor es su intervención en alemán para la opereta de Millöcker *Der Feldprediger* (algo así como *El predicador rural*).